

Post-marxismo, historia y memoria.
Una lectura de la Teoría de la Hegemonía

Agustín Mendez¹

Resumen

El motivo de la presente ponencia es llevar adelante una lectura de la Teoría de la hegemonía, haciendo especial hincapié en la caracterización que hace del modo de producción capitalista. Si bien el autor argentino determina que su teoría, desarrollada conjuntamente con Ch. Mouffe, tiene su origen histórico con el advenimiento de la llamada Revolución Democrática, no lleva adelante un análisis tan certero respecto de su relación con el modo de producción capitalista. En pos de adentrarse en esta cuestión, se intentará señalar los aportes que realiza Jacques Lacan con su teoría de los discursos con la finalidad de subrayar tanto el modo en que se conjugan dentro del corpus lacausiano política y afectividad, así como ciertos impasses para desarrollar una teoría crítica sobre los mecanismos de dominación social que imperan en la actualidad.

¹ Licenciado en Ciencia política. Docente e investigador, FSOC-UBA.

Post-marxismo, historia y memoria.

Una lectura de la Teoría de la Hegemonía

Teoría de la Hegemonía y psicoanálisis

En 1985 Laclau y Mouffe publicarán su obra más destaca, *Hegemonía y estrategia socialista* (HES). Allí se encuentra contenido y expuesto el grueso de su arquitectura teórica, la cual se encuentra basada principalmente en “la crítica al esencialismo filosófico, el nuevo papel asignado al lenguaje en la estructuración de las relaciones sociales y la deconstrucción de la categoría de «sujeto» en lo que respecta a la constitución de las identidades colectivas” (Laclau y Mouffe, 2010:21).

Desde este punto de partida el autor argentino comenzará un progresivo avance en el alcance de su teoría: parte, en esta obra, de tematizar la hegemonía como una forma de articulación política propia de la modernidad, para luego ubicar su teorización en el terreno de la ontología. La incorporación de categorías provenientes del psicoanálisis, especialmente de corte lacaniano, permite este desplazamiento.

La confluencia entre ambos terrenos, el político y el psicoanalítico, se ve plasmado muy tempranamente en su producción intelectual, pues en *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestros tiempos* (1990), ensayo subsiguiente a HES, se incorporan, en base la lectura crítica que desarrolla S. Žižek de su obra, dos conceptos fundamentales de la tradición lacaniana, a saber: el antagonismo como lo Real y el sujeto como sujeto barrado.

Con respecto al primero de los ejes, la definición de lo Real, como aquello que resiste toda forma de inscripción simbólica, desdoblado desde dentro a cualquier formación discursiva, permitirá separar, analíticamente, el antagonismo histórico y fácticamente existente entre dos fuerzas contrapuestas, de la “experiencia del antagonismo en su forma radical, como límite de lo social, como la imposibilidad alrededor de la cual se estructura el campo social, del antagonismo como relación entre posiciones de sujeto antagónicas: en términos lacanianos, debemos distinguir en tanto *real* de la *realidad* social de la lucha antagónica. Y la noción lacaniana del sujeto se refiere precisamente a la experiencia del "puro" antagonismo como autoobstáculo, autobloqueo, a un límite interno que impide al campo simbólico realizar su identidad plena” (Žižek, en Laclau, 1993:261). La incorporación de la barra de lo Real, indica la capacidad que tiene el sujeto de separarse parcialmente de la estructura significativa, es decir, el Gran Otro, dada la falta e inconsistencia que habita en ella. El sujeto, previo a la subjetivación, se erige así como “la forma pura de la dislocación en la estructura, de su inerradicable distancia respecto de sí misma” (Laclau, 1993:76).

El problema encontrado en la conceptualización anterior, es decir, la noción de posiciones de sujeto, es que allí el sujeto era pensado como un producto de las relaciones diferenciales de una formación discursiva, encontrándose depotenciada su capacidad de acción. Sin embargo, en esta nueva perspectiva, el sujeto, en tanto correlato de la imposibilidad de la sistematicidad del sistema, es aquel que introduce una nueva sutura hegemónica, sin lograr erigirse, por ello, como un Licurgo del orden social. Para entender cabalmente su accionar, es necesario introducir una nueva categoría, también importada del ámbito del psicoanálisis: la identificación simbólica. “La estructura no está plenamente conciliada consigo misma, si está habitada por una falta original, por una indecidibilidad radical que debe ser permanentemente superada

mediante actos decisorios. Son estos actos, precisamente, los que constituyen al sujeto, quien sólo puede existir como una voluntad que trasciende a la estructura. Puesto que dicha voluntad no tiene un lugar de constitución externo a la estructura, sino que es el resultado de la imposibilidad de ésta para autoconstituirse, únicamente puede plasmarse a través de actos de identificación: si necesito identificarme con algo, es, ante todo, porque carezco de una identidad plena; tales actos de identificación sólo pueden concebirse como el resultado de la falta que existe dentro de la estructura y llevan la huella permanente de ella. La contingencia se presenta como la distancia inherente de la estructura respecto de sí misma” (Laclau, 1996:162-63)

En *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestros tiempos* (1990), Laclau incorporará también una serie de elementos que enriquecerán su teoría del sujeto. El hecho de que la estructura se encuentre desdoblada en sí misma, habitada por un resto no aprehensible simbólicamente, introduce, por un lado, el campo de la contingencia y de la subjetividad en su interior, es decir, su capacidad de ser rearticulada permanentemente, a su vez que, por esta misma característica, el sujeto nunca podrá constituirse plenamente como una identidad positiva, “la libertad así "ganada" respecto de la estructura es, por lo tanto, inicialmente, un hecho traumático. Estoy condenado a ser libre, pero no, como los existencialistas lo afirmaran, porque yo no tenga ninguna identidad estructural, sino porque tengo una identidad estructural fallida. Esto significa que el sujeto parcialmente se autodetermina; pero como esta autodeterminación no es la expresión de algo que el sujeto, ya es sino, al contrario, la consecuencia de su falta de ser, la autodeterminación sólo puede proceder a través de actos de identificación (Laclau, 1993:60). Al estar toda estructura dislocada, la misma no puede brindar las pautas a seguir para su futura reconstrucción. La objetividad resultante será el producto de una decisión no derivable de ningún principio a priori. Ahora bien, si por un lado es cierto que no existe un plan trascendental que oficie de criterio de demarcación entre lo posible y lo imposible, no por ello se debe suponer que toda opción es igualmente válida, ya que toda decisión se toma en un contexto concreto surcado por prácticas sociales sedimentadas que ofician de limitantes fácticas, históricas y consuetudinarias: “la dislocación de una estructura no significa que todo pasa a ser posible, o que todo cuadro simbólico desaparece, simplemente porque en un tal universo psicótico no podría haber dislocación alguna: para dislocar una estructura debe haber estructura en primer término. La situación de dislocación es la situación de una falta que presupone la referencia estructural” (Laclau, 1993:59). La decisión, por tanto, no opera como la realización de una racionalidad estructural sino como una construcción radical de un nuevo orden. Lo político, definido como el momento de reactivación de lo social y rearticulación de lo establecido, se materializa a través de los diferentes actos de decisión que tienen, como consecuencia, la constitución de identidades políticas, “lo cual implica que todo sujeto es, por definición, político” (Laclau, 1993:77). Si el decisionismo laclausino debe ser interpretado bajo el rótulo de las identificaciones simbólicas, es necesario tener en cuenta que estos actos de identificación escinden la identidad del sujeto: “si hay necesidad de identificación, es porque no hay identidad en primer lugar. Pero, en este caso aquello con lo cual me identifico no es solamente su propio contenido particular, es también uno de los nombres de mi completud ausente, reverso de mi carencia original” (Laclau, 1996:76). Es a través de esta operatoria que se consuma la juntura del sujeto a la estructura: la misma, al estar dislocada, requiere del sujeto en pos de cerrar sus brechas, generando un nuevo ordenamiento, a la vez que este encuentra en los elementos disponibles de la estructura, aquellos contenidos que servirán para obtener su identidad.

Memoria, historia y política. Los aportes de Freud y Lacan

La lectura canónica sobre la utilización del psicoanálisis en la obra de Ernesto Laclau parecería responder a una necesidad primaria de adensar su ontología política, reforzando cierto formalismo histórico en sus análisis. Dicha visión la expresa cabalmente

Hall y Grossberg para quienes el problema de la obra de Laclau, “no es la política sino la historia. Han dejado pasar la pregunta de las fuerzas históricas que han producido el presente, y que siguen funcionando como limitaciones y determinaciones articulación discursiva” (Hall y Grossberg, 1996: 148). Empero, como bien señala Anne Marie Smith, dicha interpretación desconoce que Laclau y Mouffe han sostenido que la posibilidad de toda rearticulación hegemónica se da dentro de una estructura social parcialmente constituida, por ello “las estrategias políticas deben ser siempre desplegadas en contextos específicos y reconocer que las relaciones de dominación vigentes pueden prevalecer en esos contextos” (Smith, 1998: 55).

Para Laclau, la comprensión histórica no está escindida de su teoría política, de ahí que sostenga que “la historia no es un avance continuo infinito, sino una sucesión discontinua de formaciones hegemónicas” (Laclau, 2005: 281), donde estas formaciones hegemónicas intentan nombrar la plenitud ausente de la sociedad. Aquí, precisamente, radica la importancia de la noción psicoanalítica de la falta, pues la noción de falta es la que introduce la idea de completud, y no viceversa.

De la mano de este andamiaje, es posible desarrollar una lectura complementaria entre la Teoría de la Hegemonía y la cuestión de la temporalidad y la memoria tal cual es trabajada por el psicoanálisis.

En pos de tal propósito, no resulta afanoso recordar la enseñanza vertida por Freud en su famoso texto *Notas sobre la pizarra mágica*, donde expondrá la semejanza entre el funcionamiento del aparato psíquico y dicho artefacto pues en ambos se conjugan procesos aparentemente contradictorios: la percepción y la memoria. La ventaja de tal analogía es señalar que el aparato anímico “es ilimitadamente receptivo para percepciones siempre nuevas, y además les procura huellas mnémicas duraderas – aunque no inalterables” (Freud, 1989: 244). Esta alterabilidad de la huella anímica expresa la capacidad de su modificación y reinscripción ante nuevas recepciones. La memoria no constituye, por tanto, un mero receptáculo acumulativo de huellas, sino que cada nueva “impresión”, modifica al resto. De allí que Freud sostenga que en la célebre carta 52 a Fliess que: “Trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retrascrición { *Umschrift* }. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos” (Freud, 2003: 274).

Según Freud el inconsciente tiene *carácter atemporal*, lo cual significa que sus procesos “no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el transcurso de éste ni, en general, tienen relación alguna con él” (Freud, 1991:184). Esta particularidad se sustrae a la concepción del tiempo como simple destrucción de los eventos pasados. La memoria, en cambio, se explicita como una suerte de campo de batalla entre representaciones y mociones pulsiones que pujan por acceder a la conciencia. De acuerdo con Freud (1991), el inconsciente dinámico se construye a partir de la llamada represión primaria (*Urverdrängung*), donde ciertas representaciones representantes de pulsiones son rechazadas de la conciencia y mantenidas alejadas de ella. El *quantum* de afecto del que había sido investido dicha representación es

disociada y sufre un destino diverso. Empero, aquello reprimido primordialmente sigue desplegando su accionar, formando retoños, producto de múltiples condensaciones y desplazamientos. Dado la fuerza de atracción que la represión primaria ejerce sobre todo aquello con lo que puede ponerse en conexión, buscará eludir los mecanismos de censura existentes. Sobre estos retoños cae la represión propiamente dicha, pues el esfuerzo de lo reprimido por retornar a la conciencia no cesa y requiere un esfuerzo renovado y cada vez mayor de la represión por expulsar del sistema preconsciente-consciente toda representación que implique algún tipo de displacer.

El resultado del trabajo de la represión será la formación de síntomas, en tanto una satisfacción sustitutiva. Como sostiene Freud, el paciente sufre de reminiscencia y sus “sus síntomas son restos y símbolos mnémicos de ciertas vivencias traumáticas” (Freud, 1986: 13). Claro está que no es consciente de dichas vivencias, por lo cual “el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción” (Freud, 1990:155). El trabajo del análisis, por tanto, será una elaboración (*Durcharbeiten*) mediante una reorganización temporal a través del efecto de retroactividad (*Nachträglich*), donde una situación actual modifica el estatuto o valor de una vivencia pasada: “la rectificación, con posterioridad [*Nachträglich*], del proceso represivo originario, la cual pone término al híper poder del factor cuantitativo, sería entonces la operación genuina de la terapia analítica” (Freud, 1980: 230). El recuerdo no apunta a recuperar prístinamente lo reprimido, antes bien, implica una conmoción, una re-escritura del discurso del paciente y que, como consecuencia de ello, lo libere de su padecimiento al cambiar su posición subjetiva. De esta forma el pasado deja de hacerse presente, bajo la forma de la repetición, para ser evocado como tal. Dicha modificación no solo significa que el pasado deja de acechar al presente, sino que este último deje de actuar sobre los mecanismos que mantienen al pasado como reprimido: la elaboración, para ser efectiva, implica un cambio en la relación recursiva de ambas temporalidades pues, como sostiene Acha, “la particularidad del concepto freudiano de tiempo no reside en un saber sobre el pasado o sobre el presente, sino en su recíproca implicación” (Acha, 2007: 15).

El retorno a Freud propuesta por Lacan conlleva una reactualización de sus principales nociones, entre ellas la ya analizada del *nachträglichkeit*, que permite subrayar y reposicionar de una forma más enfática aquello ya aparecía, tal vez de un modo más velado, en la conceptualización del vienés, es decir que el efecto de retardo constituye no solo una crítica al pasado desde el presente sino a partir del propio futuro. Según Lacan, “Lo que vemos bajo el retorno de lo reprimido es la señal borrosa de algo que sólo adquirirá su valor en el futuro, a través de su realización simbólica, su integración en la historia del sujeto. Literalmente, nunca será sino algo que, en un momento determinado de realización, habrá sido” (Lacan, 1984: 239-240).

El psicoanálisis lacaniano señala una diferencia entre en la anamnesis y la rememoración. La anamnesis apunta a la recuperación de un recuerdo sobre algo ya dado, efectivamente vivido; el pasado se muestra como una posesión a voluntad del sujeto. El accionar de la anamnesis no produce nada nuevo, no existe de elaboración. De lo que se trata en el psicoanálisis, “será menos de recordar que de reescribir la historia” (Lacan, seminario 1 p. 14). La rememoración, por tanto, apunta a las resignificaciones que el futuro tiene sobre el pasado. No hay una apropiación del pasado, sino una construcción y reconstrucción del mismo a partir del futuro. El cuestionamiento a toda forma de determinismo del pasado sobre el presente y el futuro se torna el eje de la discusión del psicoanálisis. Para esta teoría lo que existe es una sobre-determinación del futuro sobre el pasado, es decir, que no se trata de un destino prescripto del cual no hay escapatoria, porque la determinación no viene del pasado, sino que viene del futuro,

pues solo a posteriori se obtiene el sentido de lo precedente: solo desde S2, significante de cierre del inconsciente, cobra sentido S1, significante de apertura. Este es el sentido del “futuro anterior”, tiempo verbal del “habré sido”, ya que solo el futuro, a partir de estas resignificaciones determina que fue lo que aconteció.

A modo de conclusiones. La Teoría de la hegemonía como política de la memoria

Este andamiaje teórico encuentra su réplica en la teoría de la Hegemonía desarrollada por E. Laclau y Ch. Mouffe, especialmente a partir de la relación existente en su teoría entre el espacio y el tiempo.

Según lo expuesto en *Nuevas Reflexiones...* “la dislocación es la forma misma de la temporalidad. Y la temporalidad debe ser concebida como el opuesto exacto del espacio. La "espacialización" de un evento consiste en la eliminación de su temporalidad” (Laclau, 1993:58). Así, el espacio es el intento por hegemonizar simbólicamente la irrupción traumática del evento, por dotar de un sentido a aquello que ha acontecido y rompe con los límites pre-dados.

Ahora bien, puesto que la categoría del significante vacío es articular un conjunto de demandas insatisfechas, se comprende que mediante su expresión se pone en juego algo del nivel de lo pendiente, de lo no realizado. El efecto retroactivo del acto de nombrar la plenitud ausente de la sociedad tiene por finalidad la rearticular lo existente a partir de lo no aun realizado. Por ello, el momento de reactivación de lo social que pone de manifiesto todo antagonismo social es donde se abre y emerge la posibilidad de dar cuenta de aquello que espera ser cumplido. En todo antagonismo por tanto se juega el espacio de la memoria que permita subvertir los mecanismos de exclusión que configuran un ordenamiento social existente. La teoría de la Hegemonía, y especialmente su apuesta por una democracia radical y plural se consagra como un proyecto político-intelectual profundamente comprometido con aquello que J. Derrida ha señalado como una política de la memoria:

“Ninguna justicia —no digamos ya ninguna ley, y esta vez tampoco hablamos aquí del derecho— parece posible o pensable sin un principio de responsabilidad, más allá de todo presente vivo, en aquello que desquicia el presente vivo, ante los fantasmas de los que aún no han nacido o de los que han muerto ya, víctimas o no de guerras, de violencias políticas o de otras violencias, de exterminaciones nacionalistas, racistas, colonialistas, sexistas o de otro tipo; de las opresiones del imperialismo capitalista o de cualquier forma de totalitarismo” (Derrida, 1995:13).

Bibliografía

Derrida, Jacques 1995 (1993). *Espectros de Marx*. (Madrid: Trotta).

Freud, Sigmund 2003 (1896). *Obras completas*. Vol. I. (Buenos Aires: Amorrortu).

Freud, Sigmund 1989 (1925). *Obras completas*. Vol. XIX. (Buenos Aires: Amorrortu).

Freud, Sigmund 1980 (1937). *Obras completas*. Vol. XXIII. (Buenos Aires: Amorrortu).

Freud, Sigmund 1990 (1911-1913). *Obras completas*. Vol. XII. (Buenos Aires: Amorrortu).

Lacan, Jacques 1984 (1953/54) *El Seminario. Libro 1, Los escritos técnicos de Freud* (Buenos Aires: Paidós).

Laclau, Ernesto 2005. *La razón populista* (Buenos Aires: FCE).

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal 2010 (1985). *Hegemonía y estrategia socialista*. (Buenos Aires: FCE).

Laclau, Ernesto 1993 (1990). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1993.

Laclau, Ernesto 1996 (1993). *Emancipación y diferencia*. (Buenos Aires: Ariel).

Hall, S. and Grossberg, L. (1996) [1986] 'On Postmodernism and Articulation: An Interview with Stuart Hall', in D. Morley and K.-H. Chen (eds) *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies* . Abingdon: Oxford.

Smith, A. M. (1998) *Laclau and Mouffe: The Radical Democratic Imaginary* . London: Routledge.